

VALORES PARA UN NUEVO SIGLO EN LOS CUENTOS DE HADAS:
APOSTAR POR LA INOCENCIA

Marisa Merino
Directora "Punto de Encuentro"

Avanzamos hacia un nuevo siglo y parece que se ha convertido en un tópico de los últimos tiempos hablar de la crisis de valores que padecemos, de la necesidad de buscar valores nuevos. Tanta elucubración puede interpretarse sospechosa o esperanzadora, depende del observador.

Quien escribe no puedo menos que estar de acuerdo con Fernando Savater para quien "la exigencia ética siempre ha estado en dramática minoría" y me parece oportuno recordar que los valores éticos nunca han dejado de estar en crisis, porque la ética exige esfuerzo, autodominio y madurez moral. De manera que, no seamos ilusos o catastrofistas al considerar que las cosas van peor ahora que fueron en el pasado.

Tampoco lo anterior debe desanimarnos. Hay que trabajar y vivir sin desánimo para mejorar nuestro mundo (ése ya es un gran valor), tanto en un nivel individual como colectivo, sin mayores pretensiones.

Quizá, lo que resulta más importante en el momento en que vivimos, amenazados por un feroz individualismo es no perder la perspectiva de nuestro campo de acción por pequeño que sea. Y vuelvo a citar al mismo autor "lo que diferencia a la ética de cualquier otra actitud decisoria es que representa lo que siempre está en nuestras manos". Y es que a mi modo de ver, el núcleo de interés en el próximo siglo se va a ir centrando en responder, en igual medida, de nuestras acciones y de nuestras omisiones, porque no somos responsables sólo de lo que hacemos mal, sino también de lo que dejamos de hacer. Es este un valor esencial para mostrar a los mas jóvenes.

Es cierto que existen infinidad de factores que escapan a nuestro control y que este mundo nuestro, tan complejo, resulta un tanto "refractario" a lo proyectos éticos; sin embargo, no debemos dejarnos arrastrar por sentimientos de impotencia (que a veces encubren sólo prepotencia), de pasividad (que a veces esconde un frívolo activismo) o de inhibición (que enmascara egoísmo, pasotismo o pesimismo existencial). Porque no es menos cierto que los problemas sociales son abordables desde diferentes puntos de vista y, tal vez, el primero de ellos sea empezar por nuestra propia transformación al tiempo que nos comprometemos simple y sencillamente con hacer en cada momento lo que está a nuestro alcance.

Por todo lo anterior, no se me alcanza mejor proyecto para los siglos venideros que el que ya existía desde la noche de los tiempos: tomarse en serio la bondad. Tomársela en serio, porque la maldad, también, es cosa extremadamente seria y viene actuando como ancla que impide la realización del ser.

Hablar de bondad y maldad es entrar nada mas y nada menos que en el terreno nuclear de la existencia y nos preguntamos cómo se puede enseñar de forma eficaz en un mundo tan caótico la moral.

Por difícil que sea, es preciso enseñar valores morales a los niños/as, valores que, aunque cuestionados e incluso denostados en la sociedad actual, son imprescindibles para convertirnos en auténticamente humanos. Y tal vez lo difícil que lo pone la sociedad actual sea la mayor oportunidad para superarnos. No hay moral sin esfuerzo, sin autodominio, sin elección. Sin embargo, resulta complejo establecer de qué forma hay que enseñar los valores morales.

Parece evidente que los valores morales se transmiten a través del ejemplo y de la práctica. Y es precisamente este sentido práctico y el repertorio de experiencias y modelos que ofrecen los cuentos hadas, lo que les hace profundamente ricos en cuanto a su aportación moral .

Un exceso de racionalismo pacato y mal entendido, ha ido relegando la narración de cuentos de hadas a los niños.

Algunas personas consideran perjudiciales estas historias por su falta de relación con la realidad; otras temen que los cuentos de hadas puedan seducir al niño exacerbando una desbordada imaginación que les impida enfrentarse al mundo real, ignorando precisamente que gracias a la combinación equilibrada de imaginación y realidad cotidiana podemos enfrentarnos al devenir de la vida y que a través de la imaginación la humanidad ha sido capaz de crear nuevas realidades.

Pero, tenemos que admitir que vivimos un cierto retroceso de lo imaginativo. Los gritos que se alzaron en su favor en los años sesenta se escuchan ahora con timidez, sostenida sólo por ciertos nuevos románticos con escasa proyección en la sociedad; el resto, una inmensa mayoría, tocada por el maleficio del escepticismo, espera durmiente el despertar de "la loca de la casa".

A través de los cuentos de hadas se desarrolla la imaginación de los niños y se canaliza su evolución mediante historias que les muestran de forma simplificada el problema existencial; pero los cuentos de hadas son eso y mucho más; son el vehículo fundamental que transmite nuestra herencia cultural, tanto a través de su propia expresión artística como mediante los múltiples contenidos estéticos, religiosos, folklóricos, simbólicos y morales que configuran esta narración. A este último aspecto quisiera referirme.

El cuento de hadas es un instrumento más para ayudar a encontrar el sentido de la vida que forma parte de un lento proceso; para ello es necesario contar con múltiples experiencias que nos vayan mostrando ese sentido y nos ayuden a comprendernos mejor a nosotros mismos y a los demás. El cuento de hadas tiene el poder de dirigirse simultáneamente a todos los aspectos de la personalidad. El cuento de hadas hace referencia a problemas

universales, enfrentando al niño con los conflictos básicos.

En los cuentos de hadas el bien y el mal son omnipresentes y ambos se encarnan en los personajes. Esta polarización se adapta perfectamente a la mente del niño que no puede plantearse la ambigüedad hasta no tener definida una personalidad más firme y madura. Sólo entonces empezará a descubrir que no existe la bondad y la maldad absolutas, sino que todos somos en parte buenos y en parte malos, comprendiendo así cuál es realmente la auténtica tarea del héroe.

A través de la dualidad que muestran los cuentos al niño se le plantea una serie de problemas morales, debiendo librar una dura batalla junto a sus personajes favoritos. El niño no se pregunta ¿quiero ser bueno?, sino ¿a quién quiero parecerme?. La dualidad que le presentan los cuentos le obliga a elegir qué tipo de persona quiere ser, en cuál de los protagonistas quiere convertirse.

Al principio, el niño no se identifica con el héroe bueno por su bondad, sino porque la condición de héroe le atrae profunda y positivamente. El niño realiza tal identificación por sí solo y los hechos internos y externos del héroe imprimen en él la huella de la moralidad.

El héroe de los cuentos, a diferencia del héroe de los mitos, no tiene una dimensión sobrenatural, lo que facilita la identificación del niño; el final, que en los mitos suele ser trágico, en el cuento de hadas siempre es feliz, solución ideal que evita la angustia o frustración en estas edades.

El cuento de hadas ofrece al niño materiales de fantasía que de forma simbólica le indican los caminos que debe recorrer para alcanzar la autorrealización.

La conquista de ésta pudiera ser el último cuento de hadas, ese que los reúne a todos juntos. Al fin un viaje al corazón del hombre. Porque, al fin, los cuentos de hadas no son sólo material para la infancia, sino un mapa que vamos recorriendo a lo largo de la vida. Siempre queda en nosotros un Pinoccio, un oso glotón, un lobo o una Caperucita. Somos, los unos y los otros en diferentes etapas de nuestra vida, o todos ellos juntos.

Lo cierto es que cumplimos años y cumplimos siglos y el corazón del hombre sigue siendo la conquista pendiente. Una tarea que supone encontrar la solución a las contradicciones y las luchas de nuestra propia naturaleza. Aunque nos parezca imposible todo había sido ya expuesto en aquellos cuentos que nos iban exponiendo en el umbral de nuestra perdida infancia, en aquel universo simbólico y ambiguo que poblaba nuestros sueños.

Lo cierto es que el pequeño cuento acaba escapándose a cualquier interpretación exclusivista y cerrada y seguirá ofreciendo claves diferentes en sucesivas etapas de la vida e incluso en diferentes épocas de la historia humana, porque es patrimonio de nuestro imaginario colectivo, pues pertenece según Rodríguez Almódovar "a esas misteriosas galerías del alma humana" De ahí, las distintas perspectivas interpretativas que tanto desde la disquisición teórica como desde la reinterpretación plástica, no menos interesante, han surgido en torno a los

cuentos de hadas.

Pero cabría, también que no hiciese falta ninguna teoría psicoanalista, ni historicista, ni antropológica, que no fuese necesario recurrir a un lenguaje especializado para explicarnos el poder de los cuentos de hadas porque en definitiva, ese universo que proponen los cuentos son símbolos que habitan dentro de nosotros y eso es lo único que podemos identificar y experimentar. De ahí es que encarnen valores sociales, sexuales, morales o literarios de una época u otras siga sin explicarnos la pervivencia de su éxito. Seguimos preguntándonos ¿cómo es posible que un argumento tan sencillo pueda haber encandilado la imaginación de tantos niños y se haya convertido en legado cultural de los mayores?

Y es que, esa plasmación de las fuerzas ambivalente, del bien y el mal, de lo oscuro y lo luminoso, de lo vital y lo destructivo, eso con lo que el niño puede identificarse fácilmente, sigue habitando nuestro inconsciente de adultos y se convierte a lo largo de nuestra vida, casi me atrevería a decir, en una concepción existencial. Una elección que nos va definiendo desde nuestra primera infancia.

El cuento plantea al niño, con la misma fuerza, dos modelos de héroes, dos formas de estar en el mundo. Tomemos el ejemplo de Caperucita. La niña nos brinda un modelo encantador, despreocupado, vital, activo y contemplativo a la vez. Lleva el alimento a su abuela, recoge flores (algunos la han tachado de inconsciente, pero ella no olvida su camino ni su objetivo como otros héroes o heroínas de cuentos), sabe hacer de la obligación un disfrute, convertir su viaje, su camino, su vida, en un placer, viviendo el presente en cada momento, recogiendo los dones que brinda la naturaleza. El modelo del lobo es el dominador, poderoso, dañino, astuto, calculador y destructivo. Todo este enfrentamiento está en el niño. El siente con la misma intensidad lo uno y lo otro. Las ganas de gozar y el impulso de destruir. En el lenguaje de los adultos significaría la elección de un modelo biófilo, de amor y confianza por la vida y otro necrófilo, de destructividad y animalidad.

La maldad es un fenómeno específicamente humano. Es el intento de regresar al estado prehumano y eliminar lo que nos es específico: razón, amor, libertad.

Ese es el desafío en el que se debate el ser humano (y esto no tiene sexo ni edad ni tiempo, aunque la batalla empieza a librarse, significativamente en los primeros años de la existencia), es esa lucha entre ceder a los instintos más bajos, más bestiales y más oscuros, o a los más vitales y decantarse por una experiencia de vida gozosa y confiada. El cuento polariza al máximo estos dos modos de experiencia, con la probabilidad de que ninguna de ellas se dé en el ser humano normal en estado puro, pues de ser así estaríamos tal vez en el campo de lo patológico, tanto si se tratara de uno como de otro ejemplo. La inocencia y la bondad que no puede calibrar, que no contiene sabiduría y discernimiento, sería simplemente estulticia y la bestialidad, el mal en estado puro, pertenece a lo perverso. La mayoría hacemos con dificultad equilibrios entre un extremo y otro.

La cuestión es con quien se identifica el niño, ¿seremos lobos o seremos Caperucitas?. Me perdonará el

lector si llamo en mi auxilio a filósofos sesudos, que tal vez sean menos sospechosos que los cuentistas. Dice Hobbes que "el hombre es un lobo para el hombre", y aunque podamos juzgar excesivamente negativa esta conclusión (a menudo también es cierto que se queda corta), lo que subyace, tanto en la filosofía como en el cuento, es esa animalidad que nos convierte en lobos los unos para con los otros. Y en el cuento el lobo es la personificación de ese animal que llevamos dentro, capaz de instrumentalizar o de destruir a otro y Caperucita, el símbolo del débil frente al dominador. También es la muestra de la inocencia, de la bondad fresca y confiada, una apuesta por una forma de estar en el mundo que, lúcidamente, a sabiendas (de ahí la ambigüedad que se ha visto en la protagonista), exige convivencia con el mal como parte de la existencia.

Una actitud que, lejos de ser pura inconsciencia o estulticia, o para algunos provocación o procaz libertinaje, tendría más que ver con la aceptación y el encuentro con nuestra luz y nuestra sombra, como el anverso y el reverso de la misma moneda. Un proceso de pura integración interior.

Desde que sale de casa hasta que regresa Caperucita ha pasado de la primera a la segunda inocencia. Esta última por elección.

No vemos ninguna reacción malvada en la niña, a pesar de la lección aprendida. La experiencia no ha transformado su personalidad en negativo, sino que ha trascendido su inocencia natural ampliándola. Después del susto, conoce el mal, pero lo acepta como parte de la vida. Y a pesar de la moraleja de la época, nos sería difícil imaginar a Caperucita eludiendo el bosque o a los lobos. De hecho, la producción posterior hipertextual la presenta especialmente activa y dueña de su destino, capaz de tratar con la maldad a través de la ironía, el humor y la inteligencia, facultades al servicio de la inocencia. De hecho el hipertexto no ha hecho más que concentrar valores sobreentendidos a lo largo de su historia, añadidos a los de nuestra propia época.

Ese, tal vez, sea el mensaje más universal y eterno por encima de cualquier otra interpretación particular o infantilista.

La bondad parece poca cosa frente al mal, pero aunque la vida moral es una prueba de obstáculos es también una prueba de relevos y siempre se cuenta con ayuda.

Tampoco hay que olvidar que la bondad es el auténtico temor del mal, porque, toda existencia participa, incluso a su pesar, de un impulso trascendente hacia el bien, como si ése fuera el último destino. Por tanto, el bien, consiste esencialmente en transformar nuestra existencia en una aproximación cada vez mayor a nuestra esencia. Eso es lo que parece hacer Caperucita. Al mal sólo podemos responderle con el bien, pero para no caer en simple estulticia bondadosa, el bien no puede estar ausente de una cierta sabiduría que da la experiencia y de una mayor desarrollo de nuestra conciencia. Eso implica siempre jugársela en el vivir. Eso y no otra cosa hace Caperucita al decidirse a atravesar el bosque. Si vuelve más o menos enriquecida después de la experiencia y no simplemente escarmentada, es pregunta que habremos de contestar nosotros mismos y que tendrá mucho que ver con el desarrollo de nuestra propia alma.

Tal vez, el nuevo siglo exija nuevos expertos: ni tan siquiera resistentes al mal, sino simples *resistentes en el bien*. Bastaría con que a todos nos pareciera importante.

Ser lobos o ser Caperucitas o, tal vez, en la mayoría de los casos, ser algo de lo uno y de lo otro, es una alusión clara a nuestro propio destino, a nuestra actitud vital ante la existencia. ¿Acaso no estamos a lo largo de la vida deambulando por nuestro propio "bosque" y seguimos, siempre que queramos vivir realmente, expuestos a inesperados encuentros?. Nos hemos preguntado ¿cómo respondemos a esos encuentros?. Con amor por la aventura, con curiosidad por la vida, con el deleite de recoger lo que nos brinda el camino, con el compromiso espontánea de ser cordiales con el otro (aunque le reconozcamos un lobo), o por el contrario, con astucia, con cálculo, con engaño, con aprovechamiento. Porque el bosque de Perrault es la propia vida y las experiencias son necesarias, sí, aunque a veces seamos víctimas de ellas (víctimas en ese caso de nuestras propias elecciones y al elegir las nos elegimos), pero por malas que sean no tenemos por qué desgastarnos en ellas, endurecernos o volvernos perversos. Sólo de nosotros depende no perder la inocencia.